

SANDRA GALÁN



EL ÚLTIMO
SACRIFICIO

Durante el año 2015, una serie de asesinatos sucedieron en Barcelona; donde, a las víctimas, se les extraían los ojos y el corazón. Sin embargo, el caso se cerró tras la muerte del criminal a manos de la inspectora Sara Torres.

Cinco años después, el hallazgo de un cadáver en Islandia con el mismo *modus operandi* y con la palabra «TORRES» en su garganta, pondrán de nuevo a la inspectora en el punto de mira de un asesino al que creía muerto.

Junto a su nuevo compañero, el inspector Erik Helgason, tendrán que dar caza a un macabro asesino sin perder la cordura.

¿Te atreves a viajar a Islandia para atrapar a un psicópata?

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi hermana Laura,
por el camino recorrido juntas
y el que falta por recorrer.*

Prólogo

Verano de 2015.

El mes de agosto está siendo más caluroso de lo esperado. La inspectora Sara Torres disfruta de un merecido día de descanso; ha pasado parte de la tarde inmersa entre las páginas del último *thriller* de su autora favorita. Sin embargo, la agradable brisa del aire acondicionado la ha sumido en un placentero sueño.

De repente, un estrepitoso sonido –que no logra identificar–, la devuelve a la realidad. Tras unos instantes, es consciente de que su teléfono está sonando insistentemente.

–Inspectora Torres –contesta.

–Sara, soy Salgado. –Torres nota que su superior está eufórico–. Lo tenemos.

La inspectora Torres se levanta del sofá y corre hacia el cuarto de baño, donde recoge su larga melena color caramelo en una cola de caballo. Se viste a toda prisa con ropa cómoda, se calza unas deportivas y se cuelga al cuello su placa de inspectora. Coge las llaves y se sube en su coche para tomar la carretera que lleva al Montseny.

Sara Torres lleva seis meses detrás de un criminal satánico, el cual ha asesinado a dos personas. Las escenas de los crímenes le han producido las peores pesadillas de su vida, pero ha llegado el final. Solo espera que las chicas desaparecidas –Claudia y Ana– se encuentren con vida;

hacía dos meses que las dos amigas desaparecieron mientras practicaban senderismo por la montaña del Montseny.

Tras media hora de camino, Torres llega a su destino. El lugar está repleto de policías. No pierde el tiempo y se dirige directamente hacia el comisario Salgado.

El comisario Salgado era amigo de los padres de Sara y, tras quedar huérfana a la edad de diez años, la crio como si fuera su propia hija. Fue una sorpresa para Salgado cuando, recién salida de la academia, la destinaron a su comisaría. El resto de agentes, al enterarse de la noticia, no les gustó demasiado la idea de trabajar codo con codo junto a la hija del comisario. Sin embargo, Torres nunca se comportó como su hija en comisaría, sino como un agente más; esforzándose incluso más que los demás, y así llegó a inspectora.

—Salgado, ¿qué está pasando? —pregunta—. ¿Dónde está el asesino?, ¿y las chicas?

—Torres, el asesino está rodeado —informa—. Los chicos del distrito 13 lo han seguido hasta el Camping Les Piscines del Montseny. En esta época del año, está lo suficientemente lleno como para esconderse sin despertar sospechas. —Hace una pausa—. Todavía no sabemos nada de las chicas.

—Y, ¿a qué estamos esperando? —pregunta, alarmada—. Cada minuto que pasa, es uno menos para ellas.

—Torres, tranquilízate, los agentes lo tienen controlado.

—Salgado, no me vengas con idioteces —bufa, indignada—. Sabes que son incapaces de detener a un carterista... ¡imagina a un asesino en serie!

Sara no piensa perder más tiempo discutiendo con Salgado, tiene que actuar ya. Deja a su superior hablando solo mientras ella corre hacia el *camping*.

—Inspectora Torres, ¡vuelve aquí ahora mismo!

La inspectora ignora la llamada de su superior. Continúa corriendo hacia el interior del *camping*. Es su caso y,

por lo tanto, es su deber atrapar al asesino. Se lo prometió a la familia de la segunda víctima.

Al llegar a la puerta del *camping*, se encuentra a varios policías dando vueltas por los alrededores, sin saber cómo actuar. «Este caso les va demasiado grande», piensa Sara.

–Soy la inspectora Torres –dice–. ¿Quién está al mando?

Un hombre de unos cincuenta años, bajito y bastante robusto, se acerca a ella desafiante.

–Inspectora Torres –saluda–. Soy el inspector García, la persona al mando. ¿Qué hace usted aquí? Está en medio de mi dispositivo.

«Lo que faltaba», piensa Torres, «después de meses trabajando en este caso, no pienso permitir que nadie se cuelgue unas medallas que no le corresponden».

–Inspector García, yo soy la persona que lleva este caso, es usted el que está en medio de mi dispositivo. –La inspectora coge aire para tranquilizarse–. Por favor, póngame al tanto de lo que está ocurriendo. –Mira a los agentes, quienes continúan sin hacer nada–. Y, a partir de este momento, díales a sus hombres que yo daré las órdenes.

Esa orden, al inspector García, le sienta como si le echaran un cubo de agua fría. Sin embargo, baja la cabeza y la pone al día. «Maldita niñata consentida del jefe», piensa el inspector García.

–Hemos seguido al sospechoso hasta el *camping*, pero hace un rato que le hemos perdido la pista –admite–. Debemos tener mucho cuidado, hay demasiados civiles y no queremos que intuyan que pasa algo y generemos un caos absoluto. –La inspectora Torres asiente con la cabeza–. Creemos que el sospechoso se ha escondido, pero no lo encontramos.

–Necesito que me asigne a dos agentes y que me acompañen –dice, convencida–. Vamos a coger a ese desgraciado.

La inspectora Torres se dirige hacia el *camping* junto a los agentes Ramírez y González. Durante varias horas, lo recorren sin levantar sospechas; no quieren alarmar a los veraneantes que disfrutan de sus barbacoas y sus chapuzones en la piscina. Sin embargo, la inspectora se está quedando sin tiempo, pues está empezando a anochecer y no hay rastro del sospechoso.

Cuando la inspectora Torres está a punto de darse por vencida, ve algo que brilla en el suelo junto a la valla que delimita el *camping* y el parque nacional de Montseny. Al acercarse, observa que la valla ha sido cortada y que, gracias al reflejo de la luna, algo capta su atención; aunque a simple vista no lo logra identificar. Está a unos pocos metros de la valla.

Sara se acerca sigilosa y ve que se trata de una argolla escondida en el suelo, entre varias ramas secas y tierra esparcida. Se gira para buscar a los agentes que la acompañan, quienes no están a la vista. Para la inspectora Torres, la opción de esperarlos o ir a buscarlos, está descartada. Cada minuto cuenta. Sara no se lo piensa, tira de la argolla y abre una puerta metálica.

Al mirar dentro, recibe un hedor insoportable a heces, vómito, sangre y putrefacción. «Esto pinta muy mal», piensa. Entre la oscuridad que habita en el hoyo, descubre unas escaleras pegadas a la pared. Son metálicas y parecen estar en muy mal estado. La inspectora está segura de que por allí no ha pasado nadie en mucho tiempo.

Mientras baja por las escaleras, es consciente que está dentro de una especie de búnker que, por el deterioro que presenta, hace siglos que se olvidaron que estaba allí. Una vez abajo, el aire es espeso y no se puede respirar con normalidad; y, por si fuera poco, no hay ningún tipo de luz. Sara está en una absoluta oscuridad, solo puede escuchar los latidos de su corazón y su respiración a un ritmo trepidante. Está hiperventilando.

«Tranquilízate», piensa Sara. Respira varias veces y busca su móvil para activar la linterna. Mira a su alrededor, se encuentra en un túnel estrecho; solo cabe una persona. Las paredes de piedra gotean debido a la humedad. A pesar del calor que hace en el exterior, allí dentro el frío es tan profundo que se cala en los huesos. Sigue avanzando, despacio y en alerta.

A pocos metros, ve una luz tenue que apenas es perceptible. Se está acercando al final del túnel. Por su seguridad, saca su arma reglamentaria y avanza en un silencio absoluto. Cada vez está más cerca de la luz; su corazón golpea en su pecho una y otra vez. «Tranquila, ya falta poco para que todo esto termine», se repite una y otra vez. La luz empieza a ser más y más visible.

Cuando llega al final del túnel, se encuentra con una sala pequeña. Está llena de velas rojas y negras –apagadas o consumidas– y, en el centro, hay un altar formado por una cruz invertida hecha con varias ramas. La cruz está salpicada de manchas, posiblemente sangre. En las ramas de la cruz, hay símbolos tallados. Al lado de la cruz, hay una sábana negra –de seda o raso, por el brillo que desprende– y acostada se encuentra una chica. Es imposible saber si se trata de Claudia o de Ana por el estado del cuerpo: le han arrancado los ojos; en su lugar, hay dos trozos de madera con símbolos parecidos a los que hay en las ramas de la cruz invertida; las muñecas y los tobillos tienen marcas de cuerdas, signo de que ha pasado mucho tiempo atada; el pecho está abierto y le falta el corazón. Alrededor de la marca –donde falta el órgano–, hay más de esos símbolos que están por todas partes.

Sin embargo, a Sara algo le llama la atención: la boca del cadáver está exageradamente abierta. Se acerca y ve que tiene algo dentro de la garganta, introduce los dedos y saca un trozo de papel. Tras abrirlo, se puede leer una única frase.

«Eres la siguiente».

Siente un movimiento detrás de ella, apenas ha sido perceptible, pero se acaba de dar cuenta de que no está sola. Se gira y, en el fondo de la sala, entre la oscuridad, hay alguien agazapado. No le da tiempo a reaccionar cuando un hombre se abalanza sobre ella. No logra verle la cara, pues lleva puesta una máscara de madera tallada con esos dichosos símbolos.

La inspectora intenta escapar de su atacante, lucha con él, pero es mucho más fuerte que ella. La única opción que le queda es dispararle. Lo hace, una y otra vez, hasta que uno de los disparos lo alcanza y cae a peso muerto sobre ella. Quiere salir de ese maldito lugar y avisar a algún agente.

Se arrastra hacia atrás con todas sus fuerzas hasta sacárselo de encima y se dirige a la salida. Sin embargo, el asesino se pone en pie y corre hacia Sara. De un golpe, la tira al suelo y su arma cae desplazándose varios metros. El asesino la golpea repetidas veces, mientras ella intenta alargar la mano para recuperar el arma. Si se estira un poco más, podrá recuperarla.

Cuando casi la está rozando, el asesino saca un cuchillo y se lo clava en un costado. Aun así, consigue recuperar su arma y le dispara a bocajarro. En esta ocasión, no falla. El asesino cae muerto sobre ella y un grotesco grito de dolor sale de su garganta. El cadáver de ese psicópata le presiona la herida y el dolor es insoportable. La inspectora se encuentra demasiado débil para sacárselo de encima. Todo da vueltas a su alrededor y sus ojos empiezan a cerrarse hasta que se hunde en la oscuridad.

Capítulo 1

5 años después.

Sara se para en un banco del parque para estirar los músculos. Hace varios kilómetros que ha dejado a sus amigas atrás. Siempre sale a correr sola pero, desde hace unas semanas, sus amigas le dijeron que se querían poner en forma y entrenar con ella. A pesar de que llevaban años sin hacer ningún tipo de deporte y que los últimos días habían sido duros, no han faltado ni una sola vez a sus carreras matutinas.

Sara baja el volumen de sus auriculares y bebe agua de una fuente cercana. Le encanta correr por el Parc de la Ciutadella, sobre todo a primera hora de la mañana; se respira tranquilidad por la escasez de gente.

Como todavía no ve a sus amigas, se acerca al lago y se sienta en uno de los bancos. Observa a los trabajadores que ponen a punto las barcas en las que, más tarde –tanto niños como mayores–, disfrutarán de un paseo por el lago. El sonido de unos pies que se arrastran por el suelo en su dirección, hacen que Sara se gire. Son sus amigas, rojas como un tomate debido al esfuerzo, quienes se sientan a su lado hiperventilando.

Cuando logran recuperar la respiración, se miran y empiezan a reír.

–Chicas, ¿qué os pasa? –pregunta Sara, divertida.

–Sara, no te ofendas –dice Belinda–, pero creo que esta es la última vez que te acompañamos. ¡Nos vas a matar

de un infarto!

–Sois unas exageradas. –Se echa a reír–. ¿Vosotras no queríais entrenar para estar en forma?

–Sí, pero hemos cambiado de opinión –dice Laura, con una sonrisa–. A partir de ahora, quedamos para desayunar. ¿Qué os parece si nos damos una ducha y nos vemos en el centro para un *brunch*?

–Qué buena idea –contesta Sara–. Nos vemos en una hora en el centro. Hasta luego, chicas.



El apartamento de Sara está situado en el Barrio Gótico de Barcelona, fue la herencia que le dejaron sus padres al morir. Durante muchos años, Salgado –como tutor legal– lo tuvo en alquiler para evitar que nadie se colara en él. Sara, en cuanto salió de la academia y le dieron destino, lo primero que hizo fue mudarse allí.

Al llegar a la portería, busca sus llaves en el pantalón de deporte y abre la puerta. Comienza a subir hasta la cuarta planta. Esa es la única pega de su maravilloso apartamento: una cuarta planta sin ascensor. El resto, le encanta. Es pequeñito, pero acogedor. Hace unos años, lo reformó y le dio un toque más moderno.

Abre la puerta de casa y deja las llaves y el móvil en la mesita auxiliar del comedor. Entra directa hacia el cuarto de baño. Es todo blanco, con suelo de parqué y una enorme bañera con patas antiguas y de época; fue una ganga que le consiguió uno de sus mejores amigos –Pedro–, un estilista con muy buen gusto.

Se desprende de la ropa mientras decide sustituir su ducha por un relajante baño. Se acerca al espejo y observa la cicatriz que le dejó su encuentro con el Asesino del Ritual, nombre con el que la prensa lo apodó cuando la

pesadilla terminó. Pero, cada vez que Sara se mira en el espejo, se acuerda de él.

Aquel día, si los agentes Ramírez y González no llegan a aparecer, no lo habría contado. La puñalada le costó varias operaciones quirúrgicas y una recuperación lenta; incluso estuvo en tratamiento psicológico durante dos años.

Sin embargo, lo peor de todo fue la impotencia por no averiguar qué movió a aquel hombre, Sebastián Gutiérrez, el Asesino del Ritual, para cometer aquellos crímenes. Durante un tiempo, sospecharon que formaba parte de una secta, pero nunca se pudo comprobar. Tras morir, la policía solo quiso cerrar el caso y quedaron demasiadas preguntas abiertas.

La chica que encontraron fallecida en aquel altar, era Claudia; una de las chicas desaparecidas. Por otro lado, a día de hoy, Ana sigue desaparecida. Sara sigue preguntándose por qué aquella puesta en escena y por qué todos esos símbolos. No le permitieron que continuara con el caso.

Al poco tiempo, el comisario Salgado fue invitado a jubilarse de muy malas maneras, no querían que continuase en comisaría reprochándoles a los jefes lo mal que habían cerrado la investigación. A ella, en cambio, la suspendieron por estrés postraumático; tuvo que hacer terapia durante dos años para volver al cuerpo con la condición de no hacer más preguntas y dejar el caso como estaba: cerrado.

Sumida en sus pensamientos, escucha el sonido del teléfono que la devuelve a la realidad. Sale de la bañera, se pone el albornoz –que tiene colgado detrás de la puerta– y se dirige hacia el salón para coger el teléfono.

–Torres –contesta.

–Torres, soy el inspector García. Necesitamos que vengas a comisaría urgentemente –dice nervioso–. El jefe quiere verte ya, se trata de un asunto de máxima urgencia.

–Dame diez minutos y salgo para allí.



Desde que jubilaron a Salgado, su puesto fue ocupado por el comisario Ernesto Zabala; un tipo bastante especial, con muy mal carácter y cara de pocos amigos. Tenía que haber pasado algo muy gordo para que la llamaran con tanta urgencia.

«Lo siento, chicas. Me acaban de llamar del trabajo, no podré ir al *brunch*. ¡Pasadlo bien!», Sara envía un WhatsApp a Belinda. Se viste y sale de casa.

La comisaría es un edificio muy moderno de última generación con todas las comodidades posibles. Fue un regalito de los altos cargos para el comisario Zabala; por las medallitas que se colocó por *supuestamente* cerrar el caso del Asesino del Ritual. Uno de los agentes –que está en la recepción– le indica que la esperan en la sala de videoconferencias. Camina a toda prisa por el enorme pasillo hasta llegar a la última puerta.

Al abrirla, observa que, en la enorme mesa que ocupa toda la habitación, se encuentran el comisario Zabala, el inspector García y otro hombre al que no reconoce. Sara lo estudia y se da cuenta de que, por su aspecto, no parece español; demasiado rubio y pálido.

El comisario se pone en pie y se dirige a Sara.

–Torres, por favor, pase y tome asiento. –Señala una de las sillas libres–. Le presento al inspector Dagur Gunnarsson de la policía islandesa. Su compañero, Erik Helgason, y él están trabajando en un caso que le resultará muy familiar.

Sara se sienta en la silla que hay al lado del comisario. Está segura de que ha pasado algo grave que, sea lo que sea, no le va a gustar.

–Inspectora Torres –el inspector Gunnarsson se dirige a Sara en un perfecto inglés. Es un hombre de unos 35